



por un gran rigor en el género de vida prescrito á los monjes: la alimentacion de los religiosos era sencilla y pobre, y el tiempo le distribuian entre el cultivo del campo, la oracion, el estudio, la predicacion del Evangelio y la instruccion del pueblo. Estas órdenes predicaron la moral cristiana tanto por la palabra, como y principalmente por el ejemplo, y ejercieron una poderosa influencia en el movimiento religioso; dieron además un grande impulso á la cultura de las ciencias y de las letras, que tanto esplendor alcanzaron en el tercer período de la edad media.

Las letras y las ciencias, que apenas se habian cultivado en la primera mitad del siglo X, levantáronse de su postracion á fines de este siglo, merced al impulso que dieron á los estudios la órden de Cluny, en el mediodía de Francia, y el monasterio de Bec en Normandía. La escuela de Bec fué el centro de una nueva filosofía, que muy pronto llamó la atencion de las inteligencias superiores. Tomando por punto de partida las verdades de fe, los filósofos escolásticos formularon un sistema, que se distingue por lo grande y elevado de sus concepciones. Lanfranc y San Anselmo, procedentes de la escuela de Bec y arzobispos sucesivamente de Cantorbery, fueron los primeros autores de esta filosofía, cuyos más dignos representantes son Pedro Lombardo, arzobispo de Paris, y Hug y Ricárdo, los dos monjes del convento de San Victor, cerca de Paris. La academia establecida en esta última ciudad es deudora de su celebridad á esta escuela filosófica; de ella nacieron dos sistemas opuestos, el de los nominalistas, cuyo autor era Roscelin de Compiègne, y el de los realistas, que reconoce como el más célebre de sus defensores á Guillermo de Champeaux.

Cuando esta controversia, que al principio fué pura y exclusivamente filosófica, pasó á los dominios de la teología, dió origen á doctrinas erróneas y heréticas. Dos hombres adquirieron entónces una triste celebridad por sus desvarios y errores, Abelardo y Arnolde de Brescia. El primero, despues de haber enseñado con brillantez la filosofía en Paris, abandonó esta enseñanza por la de la teología,

incurriendo en muchas herejías, que hizo notar San Bernardo, y que fueron condenadas en los concilios de Soissons y de Sens. Sin embargo, Abelardo se sometió á estas sentencias y murió en un convento de Chalons sobre el Saona, despues de haberse reconciliado con la Iglesia. Arnolde de Brescia, que habia sido discípulo suyo, no se limitó á enseñar y extender los errores de su maestro, sino que atacó al mismo tiempo los derechos políticos y civiles de la Iglesia y del clero. Sus opiniones hallaron eco en las ciudades de Italia, y principalmente en Roma, donde habian estallado frecuentes sublevaciones contra los soberanos pontífices. Arnolde se trasladó á la capital del mundo católico, y contribuyó á la proclamacion de la república. Pero sufrió el castigo que merecia por sus culpables manejos: cuando el emperador Federico I restableció en Roma la autoridad pontifical, Arnolde sufrió la última pena por órden de este príncipe.

San Bernardo, cuya grande figura llena el siglo XII, era natural de la Borgoña y pertenecia á una familia noble. Despues de estudiar la filosofía con Abelardo, se retiró á la órden del Cister, donde inmediatamente fué objeto de admiracion por parte de los que le rodeaban. Nombrado poco despues abad de Clairvaux, gobernó, por decirlo así, desde el fondo de aquella soledad á la Europa; porque los reyes y emperadores, los papas y los obispos, se dirigian á él pidiéndole consejo en todos los áridos negocios. Sin embargo, en medio de los negocios del mundo, San Bernardo se ocupaba en los estudios, y sus escritos son un monumento imperecedero de su genio. Señaló y combatió con grande energía las falsas doctrinas de Abelardo y Arnolde de Brescia, y llegó á reconciliar, á lo ménos por algun tiempo, las ciudades lombardas que se hacian una guerra encarnizada. En fin, á peticion del papa Eugenio III predicó una cruzada en Francia y en Alemania, y á su voz los soberanos de estos dos países hicieron una expedicion al Oriente. Murió hácia la mitad del duodécimo siglo; conforme al voto de toda la cristiandad, que ya le habia venerado en vida como un santo, fué canonizado por el papa Alejandro III.

CAPÍTULO V

De la invasion de los moros en España.—Guadalete.—Muza.—Abdalasis.

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta gente, dice Mariana, su origen y principio en Arabia y á Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de Levante; desde allí se extendió hácia Mediodía, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de Occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba, y así, despues que venció á Cosroes, rey de Persia, y se apoderó del Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste; dió sueldo á cuatro mil sarracenos de los más nobles y valientes. Mostró con esto querer honrarlos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen segun que habian comenzado nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el prefecto del fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco; dijoles palabras afrentosas, es á saber: «¿qué sobra á los soldados romanos que se pueda dar á estos canes?» Irritáronse ellos con aquella res-

TOMO IV

puesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas, y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sujetarón á Egipto y á los persas, flacos á la sazón y sin fuerzas por las victorias que poco ántes sobre ellos ganaron los romanos, y no sólo los sujetaron como vencedores, sino tambien los compelieron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Siria, y diversas veces acometieron al África, en que los trances fueron diferentes, que á veces vencian y á veces al contrario, mas últimamente salieron con la empresa.

Fué así que el rey desta gente, por nombre Abimelech, con un grueso ejército, se metió por África y se puso sobre Cartago: tomola y echóla por tierra; pero sin embargo, fueron vencidos y echados de toda la África por Juan, prefecto del pretorio, gobernador á la sazón de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con más fuerzas y más bravos: por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fué el año del Señor de setecientos poco más ó ménos. Las legiones

93



romanas que en África y en Cartago quedaban, cansadas de esperar, ó con deseo de novedades, alzaron por emperador á un Tiberio Apsimaro, y para apoderalle del imperio pasaron con él á la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó África desapercibida y flaca: acometieronla de nuevo y sujetáronla los sarracenos. Pasaron adelante, y hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritánias, sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit: llamábase Miramamolín, que era apellido de supremo emperador. Gobernaba en su nombre lo de África Muza, hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la ejecución presto. El conde D. Julian, luego que alcanzó licencia del rey para pasar en África, de camino se vió con las cabezas de la conjuración para más prendallos, hablóles conforme al apetito de cada cual: prometía á unos riquezas, á otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecía la falta que dellas el rey tenía. No léjos de la villa de Consuegra está un monte llamado Calderino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traición, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recibida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el conde y los demas para acordar, como acordaron, de llamar los moros á España.

Llegado en África, lo primero que hizo fué irse á ver con Muza: declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban: quejósese de los agravios que el rey tenía hechos sin causa así á él como á los hijos del rey Witiza, que demás de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba á andar desterrados, pobres y miserables, y sin refugio alguno: dado que no les faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasión se declararían. Que era buena sazón para acometer á España, y por este camino apoderarse de toda la Europa, en que hasta entónces no habían podido entrar; sólo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecía la facilidad de la empresa, á que se ofrecía salir él mismo con pequeña ayuda que de África le diesen, confiado en sus alia-

dos. Que por tener en su poder (de la una y de la otra parte del Estrecho) las entradas de África y de España, no dudaría de quitar la corona á su contrario.

No le parecía al bárbaro mala ocasión ésta; sólo dudaba de la lealtad del conde si por ser cristiano guardaría lo que pusiese. Parecióle comunicar el negocio con el Miramamolín. Salió acordado que con poca gente se hiciese primero prueba de las fuerzas de España, y si las obras del conde eran conforme á sus palabras. Era Muza hombre recatado: hallábase ocupado en el gobierno de África, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio solos ciento de á caballo y cuatrocientos de á pié repartidos en cuatro naves. Éstos acometieron las islas marinas cercanas al Estrecho. Sucedieron las cosas á su propósito, que muchos españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitán Tarif por sobrenombre Abenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio más secreto, y no se entendiese dónde se encaminaban estas tramas, no se apercebíó armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Heraclea que en él estaba, y en lo de adelante se llamó Gibraltar, de Gebal, que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif el general: de cuyo nombre también, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca llamada antiguamente Tartesso tomó el nombre de Tarifa.

Tuvo el rey D. Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del conde y de las fuerzas de los moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quien le llama Inigo) para que le saliese al encuentro. Fué muy desgraciado este principio, y combó pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El ejército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco ejercitada, ni tenían fuerza en los cuerpos, ni valor en sus ánimos: los escuadrones mal formados, las armas tomadas de orín, los caballos ó flacos ó regalados, no acostumbrados á sufrir el polvo, el calor, las tempestades,



Asentaron su real cerca de Tarifa; tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor; últimamente ordenadas las haces, se dió la batalla, que estuvo por algún espacio en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho el general muerto, y con él parte del ejército, los demas se salvaron por los piés. Pasaron los bárbaros adelante engreídos con la victoria; talaron los campos del Andalucía y de la Lusitania, tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sevilla por estar desmantelada y sin fuerzas.

Sucedió esta primera desgracia el año 713, en el cual Sinderedo, arzobispo de Toledo, por la revuelta de los tiempos ó por la insolencia del rey se ausentó de España. Pasó á Roma, do los años adelante se halló en un concilio lateranense que se celebró por mandado del papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado, por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de D. Oppas como de intruso y tronizado contra derecho. Dieron sus votos á Urbano, que era primicerio de aquella Iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtudes, pero porque su elección fué en vida de Sinderedo, y parece no fué confirmada por quien de derecho lo debía ser, los antiguos no le contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad.

Cosas grandes eran éstas y principios de mayores males, las cuales acabadas en breve, los dos caudillos Tarif y el conde D. Julian dieron vuelta á África para hacer instancia, como la hicieron, á Muza que les acudiese con nuevas gentes para llevar adelante lo comenzado. Quedó en rehenes y para seguridad de todo el conde Requila; con que mayor número de gente de á pié y de á caballo vino á la misma conquista. Era tan grande el brío que con las victorias pasadas y con estos nuevos socorros cobraron los enemigos, que se determinaron á presentar la batalla al mismo rey don

Rodrigo, y venir con él á las manos. Él, movido del peligro y daño, y encendido en deseo de tomar emienda de lo pasado y de vengarse, apellidó todo el reino. Mandó que todos los que fuesen de edad acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente, los que ménos cuentan dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábase ellos alegres y bravos, blasonaban y áun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y áun sin fuerzas para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra; la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.

Este fué el ejército con que el rey marchó á la vuelta del Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos, los moros orgullosos con la victoria, los godos por vengarse, por su patria, hijos, mujeres y libertad, no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentían en sus corazones una tristeza extraordinaria, y un silencio cual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre algunos. Al mismo rey, congojado de cuidados entre día, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pelearon ocho días continuos, en un mismo lugar: los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo, á propósito de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas de sus contrarios. Del suceso no se escribe: debió ser vario, pues al octavo día se resolvieron de dar la batalla campal, que fué domingo, á nueve del mes que los moros llaman Xavel ó Scheval; así lo dice don Rodrigo, que vendría á ser por el mes de Junio, conforme á la cuenta de los árabes; pero yo más creo fué á once de Noviembre, día de San Martín, según se entiende del cricon Albeldense, año de nuestra salvación de setecientos y catorce.

Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El rey, desde un carro de marfil, vesti-



do de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenian cuando entraban en las batallas, habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria; saquear y echar por tierra los templos de Dios; hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos y con las orejas óis el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta ahora han hecho guerra contra eunucos: sientan qué cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado, han pasado tan adelante que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corriamos las tierras de Francia; al presente (oh grande mengua, y digna que con la misma muerte si fuere menester se repare) somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonarnos y encendernos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda assolada: ¿quién podrá sufrir tal estrago? Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuán grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos; las vituallas y almacén en abundancia; el lugar es á propósito; á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demás desto hay otras cosas que ahora se callan, y al tiempo del pelear veréis cuán apercebido está todo. En vuestras manos, soldados, consiste lo demás: tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza, aco-

meted los enemigos, acordaos de vuestros antepasados, del valor de los godos: acordaos de la religion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.»

Al contrario Tarif, resuelto asimismo de pelear, sacó sus gentes, y ordenados sus escuadrones, les hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se extiende el Océano, fin último y remate de las tierras; por aquella nos cerca el Mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida si no fuere peleando: no hay lugar de huir; en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este día, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es el fin de todos los males, la victoria causa de alegría: no hay cosa más torpe que vivir vencidos y afrentados: los que habeis domado la Asia y la África, y al presente no tanto por mi respeto cuanto de vuestra voluntad acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganaréis. No os ofrecemos por premio los desiertos de África, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los godos, demás de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contristar? ¿Temeréis, por ventura, este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo, sin órden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados; con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas los venceréis. Cuando tenian las fuerzas enteras, los desbaratasteis; por ventura, ahora perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, ¿alcanzarán la victoria? La alegría, pues, y el denuedo que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en vuestro esfuerzo y fe-licidad, en vuestra fortuna y en vuestros hechos. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma; venced los enemigos que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor; las pobres chozas de África con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consistió y llevais el imperio, la salud,



del alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.»

Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos al són de sus trompetas y cajas se adelantaron, los moros al són de los atabales de metal á su manera, encendian la pelea; fué grande la grita de la una parte y de la otra; parecia hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea, despues vinieron á las espadas.

La pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La pelea estuvo dudosa hasta gran parte del día sin declararse: solos los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y áun volver las espaldas, cuando D. Oppas (¡oh increíble maldad!), disimulada hasta entonces la traicion, en lo más recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con D. Julian que tenia consigo gran número de los godos, y de traves por el costado más flaco acometió á los nuestros. Ellos atónitos con traicion tan grande, y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el rey con los más esforzados peleaba entre los primeros y acudia á todas partes, socorría á los que via en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponian otros sanos, detenía á los que huían, á veces con su misma mano, de suerte, que no sólo hacia las partes de buen capitán, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último, perdida la esperanza de vencer, y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro, y subió en un caballo llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto, él se salió de la batalla.

Los godos, que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron, parte quedaron en el campo muertos, los demás se pusieron en huida: los reales y el bagaje, en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por

ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad, esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Día aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre inclito de los godos: allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que más de trescientos años habia durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey D. Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería, fueron hallados á la ribera del rio Guadalete; y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió, ó se ahogó á la pasada del rio. Verdad es que como doscientos años adelante en cierto templo de Portugal en la ciudad de Viseo, se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto en romance dice:

AQUÍ REPOSA RODRIGO, ÚLTIMO REY
DE LOS GODOS.

Por donde se entiende que salido de la batalla, huyó á las partes de Portugal. Los soldados que escaparon, como testigos de tanta desventura, tristes y afrentados, se derramaron por las ciudades comarcanas. Don Pelayo, de quien algunos sospechan se halló en la batalla, perdida toda esperanza, parece se retiró á lo postrero de Cantabria ó Vizcaya, que era de su Estado: otros dicen que se fué á Toledo. Los moros no ganaron la victoria sin sangre, que dellos perecieron casi diez y seis mil. Fueron los años pasados muy estériles, y dejada la labranza á causa de las guerras, España padeció trabajos de hambre y peste. Los naturales, enflaquecidos con estos males, tomaron las armas con poco brio: los vicios principalmente y la deshonestidad los tenian de todo punto estragados, y el castigo de Dios los hizo despeñar en desgracias tan grandes.

Gobernaba la Iglesia de Roma el papa Constantino, el imperio de Oriente Anastasio, por sobrenombre Artemio; rey de Francia era Childeberto III de aquel nombre, á la sazón que España estaba toda llena de alboroto y de llanto, no sólo por la pena y cuita del mal presente, sino tambien por el miedo de lo que